

Globalización y diversidad cultural

ISIDORO MORENO*

La defensa de la diversidad cultural

En la Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural, aprobada por unanimidad en su Conferencia General de noviembre de 2001, se contempla la cultura, en contraste con quienes consideran hoy obsoleto el concepto, como el conjunto de rasgos espirituales, materiales, intelectuales y emocionales característicos de una sociedad o grupo social, abarcando no sólo arte y literatura sino también estilos de vida, modos de convivencia, sistemas de valores, tradiciones y creencias. Y el reconocimiento de la diversidad cultural es contemplado, junto a la conciencia de la unidad de la humanidad, como una de las bases del avance de la solidaridad entre los seres humanos.

En su artículo primero, la Declaración afirma que la diversidad cultural, como fuente de intercambios, innovaciones y creatividad, es tan necesaria para la humanidad como la biodiversidad para la naturaleza; constituyendo, en este sentido, la herencia común de la humanidad, por lo que debe ser reconocida y afirmada para beneficio de las generaciones presentes y futuras. Dentro de nuestras cada día más diversas sociedades, para una interacción adecuada entre pueblos y grupos con identidades culturales plurales y dinámicas, y para fortalecer la voluntad de convivir juntos, son necesarias políticas de inclusión y de participación. Así, «*el pluralismo cultural da expresión política a la realidad de la diversidad cultural*» (artículo 2), siendo indisoluble de un marco democrático y conducente a intercambios

*Grupo de Investigación GEISA, Departamento de Antropología Social; Director del Instituto de Estudios sobre América Latina (IEAL), Universidad de Sevilla.

culturales y al desarrollo de las capacidades creativas que sostienen la vida pública.

La diversidad cultural es entendida como una raíz fundamental del desarrollo, definido este no en términos de crecimiento económico sino como medio para alcanzar una más satisfactoria existencia intelectual, emocional, moral y espiritual (artículo 3). Y su defensa es considerada como un imperativo ético, inseparable del respeto a la dignidad humana (artículo 4). Por ello, *los derechos culturales* son una parte integrante de los derechos humanos universales, indivisibles e interdependientes. De lo que resulta que cada persona tiene el derecho a expresarse en su lengua materna, a una educación que respete su identidad cultural y a participar en la vida cultural de su elección y comportarse conforme a sus prácticas culturales, siempre en el respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales (artículo 5). Y cada cultura debe tener garantizado el acceso a los medios de expresión y difusión (artículo 6).

Especialmente interesante es la afirmación que se hace en el artículo 8, reconociendo «*la especificidad de los bienes y servicios culturales, los cuales, como vectores de identidad, valores y significados, no deben ser tratados como mercancías o bienes de consumo*»; lo que refuerza la posición de quienes se oponen –nos oponemos– a que los bienes culturales entren en la disciplina de la Organización Mundial del Comercio (OMC) y respondan a la pura lógica del mercado. Y en el marco de la 33ª Conferencia Internacional de la UNESCO, celebrada en octubre de 2005 en París, fue ratificada la *Convención Mundial sobre Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales* que puede ser un buen instrumento para la defensa de la «excepción cultural» (la no consideración como mercancía de los bienes y expresiones culturales). En una reunión preparatoria en Madrid, meses antes, convocada por los ministros de cultura de Francia, Brasil y España, a la que asistieron representantes de setenta países –con la significativa ausencia de Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Israel, Australia, China y Japón–, se acordó el apoyo a dicha Convención para asegurar el desarrollo de las diversas culturas y el equilibrio entre la libre circulación de bienes culturales y la necesaria protección de las

culturas minoritarias. En dicha reunión se partió del principio de igualdad de todas las culturas, por cuanto que todas ellas son parte del patrimonio común de la humanidad, y se acordaron varios puntos fundamentales a incluir en el tratado: el reconocimiento de que los bienes y servicios culturales deben tener un tratamiento diferenciado del conjunto de las mercancías, ya que son portadores de sentido y en ellos descansa la identidad cultural de los pueblos; el reconocimiento del derecho soberano de los estados –mejor hubiera sido afirmar que de los pueblos–naciones– a adoptar medidas de protección y promoción de sus culturas y de la diversidad cultural; el papel de esta como factor de desarrollo; el respeto a los derechos humanos y las libertades fundamentales como base principal de la diversidad cultural; el reconocimiento de la diversidad cultural como factor de diálogo y conocimiento; y la necesidad de que los contenidos de la Convención se integraran en el marco jurídico internacional.

En ese mismo año, en una asamblea de 800 intelectuales y artistas europeos, en París, el presidente de turno de la Unión Europea, el luxemburgués Jean-Claude Juncker, y el presidente de la Comisión Europea, Durão Barroso, habían afirmado que, «*dentro de la escala de valores [de la Unión Europea], la cultura va delante de la economía*» y que Estados, regiones, ayuntamientos y otro tipo de colectividades locales tienen el derecho a desarrollar las medidas que estimen adecuadas para la protección e impulso de sus expresiones culturales.

Parecería, visto todo lo anterior, que, al menos después de 2005, se reforzaría el reconocimiento del valor de la diversidad cultural y avanzarían las medidas para su protección. Sin embargo, y a pesar del contenido de convenciones y acuerdos internacionales y de la labor de la UNESCO, sigue siendo hoy hegemónica, sobre todo en el mundo occidental, una ideología del universalismo entendido como proceso de uniformización cultural sobre la base del modelo de sociedad capitalista, hoy neoliberal, con su trinidad sagrada: libre mercado como eje de todas las relaciones sociales (no sólo de las económicas), democracia reducida a la celebración de elecciones y derechos humanos leídos desde el individualismo metodológico.

Mundialización y globalizaciones

Creo necesario señalar, en la línea que vengo desarrollando desde hace años,¹ y para evitar confusiones, que es necesario distinguir conceptualmente entre la *mundialización*, como proceso general y continuo durante los últimos 550 años de «achicamiento» del tiempo y del espacio gracias, sobre todo, a los avances de la tecnología, y los procesos concretos de *globalización* que se han sucedido en el transcurso de esta mundialización en los que esta se ha concretado históricamente esta. Defiendo que debemos entender por globalización cualquier intento de extensión, a todos los territorios y pueblos del mundo y a todas las dimensiones de la vida social, de una lógica única, convertida en Absoluto Social y por ello sacralizada, en cuyo despliegue se muestra incompatible con cualquiera otra lógica. Esta lógica única tiene su origen en una dimensión específica del sistema sociocultural pero afecta y se extiende a todas las demás y tiende a anular la diversidad cultural sustituyendo o subsumiendo en ella las características culturales diferenciadoras.

La globalización, así entendida como proyecto totalitario para imponer en todos los confines del planeta y en todas las dimensiones de la vida social un único modelo económico, político y de pensamiento, que es presentado como inevitable y positivo, no es un fenómeno nuevo en la historia de la humanidad. Con aspiración globalizadora ha

¹Véanse Moreno, I.: «La crisis mundial actual y la quiebra de los modelos civilizatorios occidentales», en *Memorie e identità: prospettive nei percorsi del mutamento. Quaderni della Fondazione*, 4, pp.145-149. Courmayeur, Valle d'Aosta, 1997; «¿Proceso de secularización o pluralidad de sacralidades en el mundo contemporáneo?», en A. Nesti (ed.): *Potenza e Impotenza della Memoria. Scritti in onore di Vittorio Dini*, pp.170-184. Tibergraph Ed., Roma, 1998 [1993]; «Derechos Humanos, Ciudadanía e Interculturalidad», en E. Martín y S. de la Obra (eds.): *Repensando la Ciudadanía*, pp.9-35. Fundación El Monte, Sevilla, 1999; «Quiebra de los modelos de Modernidad, Globalización e Identidades colectivas», en Alcina, J. y M. Calés (eds.), *Hacia una ideología para el siglo XXI*, pp.102-131. Akal, Madrid, 2000; *La Globalización y Andalucía. Entre el Mercado y la Identidad*. Mergablum, Sevilla, 2002; «Religión, Estado y Mercado: los sacros de nuestro tiempo», en C. V. Zambrano (ed.) *Confesionalidad y Política. Confrontaciones multiculturales por el monopolio religioso*, pp.35-52. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2002; «La trinidad sagrada de nuestro tiempo: mercado, estado y religión». *Revista Española de Antropología Americana* n° 33, pp.13-26. Madrid, 2003 y «Fundamentalismos globalizadores versus Diversidad Cultural», en Juan Agudo Torrico (coord.) *Culturas, poder y mercado*, pp.37-58. Fundación El Monte, FAAEE –Asociación Andaluza de Antropología, Sevilla, 2005.

habido, al menos, tres intentos anteriores al actual; todos ellos procedentes de un mismo ámbito, Europa, y todos ellos dentro del proceso de mundialización –de creciente interdependencia desigualitaria– que ha caracterizado el periodo antes señalado de los últimos quinientos años de la historia. Cada uno de estos intentos globalizadores ha tenido una lógica distinta; una lógica generada en una dimensión del sistema sociocultural que ha sido convertida en Absoluto Social, en sacro, desbordando su dimensión originaria para expandirse a todas las demás dimensiones de la vida social, además de plantearse como *necesaria* para toda la humanidad.

Antes del comienzo de la *Edad Moderna* y del colonialismo europeo no hubo intentos de verdadera globalización ni medios para ello. Quienes consideran que fueron globalizadores los Imperios antiguos se equivocan, porque no hubo en ellos la voluntad de homogeneizar en un modelo único –económico, social, político e ideológico– a todos los territorios y pueblos dominados. Se buscó y, por más o menos tiempo, fue conseguido, explotar los recursos y controlar políticamente incluso muy amplios territorios, como en el caso del imperio romano, del imperio incaico, de algunos imperios orientales y, más recientemente, de los imperios otomano y británico, pero ello no significó aspirar a imponer un único sistema económico, una única forma de organización política, una única religión o unas mismas costumbres a todas las poblaciones y ni siquiera destruir las instituciones de cada pueblo dominado en tanto no entraran en contradicción con los intereses coloniales o imperiales. La diversidad cultural no fue destruida, aunque, sin duda, la cultura y las instituciones de la sociedad o grupo étnico dominante ocuparan el lugar hegemónico. Pero no existió el objetivo de imponer a todos y para todo un único modelo cultural, entre otros motivos porque el modelo civilizatorio de los dominantes no se consideraba transferible a las poblaciones *salvajes, bárbaras o primitivas* tenidas como inferiores.

La primera de las ofensivas globalizadoras tuvo como base la religión, concretamente las religiones monoteístas construidas sobre la idea de *revelación de la verdad* por parte de Dios, directamente o a través de sus intermediarios: profetas, evangelistas u otros. Cuando las instituciones religiosas estuvieron estrechamente imbricadas,

cuando no fusionadas, con las instituciones políticas, y estas tuvieron intereses expansivos, desplegaron, apoyadas en el poder del estado, una intensa actividad misionera, por medios pacíficos, violentos o una combinación de ambos, con el objetivo de convertir a la *verdad* revelada a todos los hombres (y mujeres) de todos los rincones del mundo. En especial el cristianismo, en sus diversas versiones e iglesias, y también el islamismo adoptaron proyectos globalizadores en lo territorial y lo social: no sólo todos los pueblos del mundo debían ser convertidos a la única fe *verdadera*, sino también todas las esferas de la vida colectiva e individual debían responder a la lógica contenida en las respectivas religiones. Las doctrinas religiosas fueron interpretadas, o convertidas, en *pensamiento único* y su origen sobrenatural –la voluntad de Dios– constituía la prueba de su no cuestionabilidad. Los mayores éxitos de expansión territorial de la globalización sobre una base religiosa –aunque limitada geográficamente– los obtuvieron el catolicismo y el islamismo, y en cuanto a impregnación con su lógica de todas las dimensiones de la vida social, colectiva e individual, el calvinismo y las corrientes islámicas que respaldan la aplicación de la *sharía*.

El fundamentalismo globalizador con base religiosa es destructivo de la diversidad cultural por su vocación misionera: por su empeño en convertir a la *verdad* a quienes se considera están en la confusión o el error. Para ello es necesario destruir las instituciones y elementos culturales *indígenas* insertos en otras lógicas culturales, además de admitir numerosos sincretismos y reinterpretaciones. También, es imprescindible mantener la ortodoxia en quienes forman parte de la etnia dominante, para garantizar la homogeneidad interna. De aquí la represión no sólo contra los *idólatras* e *infieles* sino también contra los definidos como herejes y apóstatas.

Si el primer intento de globalización –cuyas secuelas continúan en el presente– lo fue a partir de una base religiosa, el segundo se desarrolló desde la dimensión política. Consistió en el intento de imposición a todo el planeta del modelo de estado-nación, con su discurso de la democracia liberal basada en la Razón como único modelo para ordenar la convivencia humana. Este intento de globalización, en contraste con el anterior, sí tuvo un éxito total: salvo

la excepción, relativa, de la Antártida, no ha quedado un centímetro cuadrado de tierra firme en el planeta que no fuera incorporado a un estado-nación (o supuesto estado-nación). Las consecuencias y resultados de la materialización de este *pensamiento único* de la Modernidad, construido sobre la sacralización de la Razón y el mito del *contrato social* han sido una multitud de genocidios, etnocidios, opresiones y desigualdades, al implantarse sobre no importa qué realidades territoriales, étnicas, culturales y sociales.

La diversidad de proyectos de convivencia y el libre despliegue de las culturas son incompatibles con la conversión del modelo de estado-nación en Absoluto por la Razón liberal; tanto más cuanto que ese modelo parte de la existencia o creación de estados que se definen a sí mismos como naciones, los cuales, para intentar hacer esto realidad, han de emprender verdaderos proyectos de etnocidio cuando no de limpieza étnica para avanzar en la homogeneización cultural.

La tercera ola globalizadora, actualmente en franco retroceso, provino del ámbito ideológico y estuvo –en parte sigue estando– representado por el «socialismo científico». El nuevo pensamiento único se basó en la sacralización de la Historia, al ser esta considerada como teleología, como un proceso finalista con sentido y leyes propias –en realidad extrasocietarias, aunque ello apenas se reconozca–, y también en la consideración reduccionista de la identidad de clase como identidad estructural única. No se contrapuso en la práctica a la doctrina triunfante del modelo de estado-nación, aunque en su discurso pretendió superar este a través de un confuso «internacionalismo proletario». Allí donde fue aplicado como régimen político, la lógica socialista trató de impregnar todas las dimensiones de la existencia colectiva e individual. Más allá de sus plasmaciones concretas y de la discusión sobre sus contenidos «verdaderos» –una discusión que caracteriza a todas las escolásticas–, el socialismo, en sus diversas variantes, se presentó como alternativa única, necesaria y «científica» al capitalismo liberal, válida para todos los territorios y pueblos, más allá de las realidades culturales y sociales de estos. Por ello constituía una alternativa a la que debían *convertirse* obligatoriamente cuantos desearan el progreso de la humanidad, poniendo en ella su fe y capacidad de lucha. Cualquier

otra lógica cultural tenía que ser considerada como contrarrevolucionaria: la diversidad, por tanto, también en este caso, era una situación a superar y eliminar. El modelo del *hombre* nuevo sería el objetivo a construir en todas partes.

Actualmente vivimos, desde los años setenta del pasado siglo, el intento de globalización más poderoso de cuantos hasta ahora se han producido: la globalización de la lógica del Mercado. Esta globalización, que, por serlo, rechaza todas las lógicas de las anteriores globalizaciones y destruye la diversidad o subsume lo diferente en su lógica propia, anulando sus potencialidades, consiste fundamentalmente en el intento de mercantilizar el mundo y la vida social. La lógica del Mercado es una lógica con base económica, nacida de la *racionalidad* capitalista: la conversión de cualquier bien, material o inmaterial, en mercancía para su venta en el mercado «libre» –es decir, sin reglas ni fronteras– con el objetivo de conseguir el máximo beneficio inmediato no importa a qué costes ni con qué consecuencias humanas, sociales, culturales y ecológicas. Todo debe funcionar como capital –y por ello se habla de *capital humano*, de *capital político* y de *capital simbólico*– y todas las formas de responder a las necesidades humanas, sean de alimentación, vivienda, salud, educación y cualquier otra deben estar también en el mercado. Los valores centrales del pensamiento único de la globalización actual, el neoliberalismo, son la «libre iniciativa», la «competitividad» y el «productivismo». Y, al igual que ocurre también con los correspondientes pensamientos únicos de todos los otros intentos globalizadores, afirma que la globalización es no sólo positiva sino inevitable. Y que sus *leyes*, por estar también supuestamente en un nivel extrasocietario, fuera de la voluntad de los seres humanos, son también inexorables y es preciso adaptarse a ellas aprovechando, a nivel individual y colectivo, «las oportunidades que deparan».

Las globalizaciones como fundamentalismos y la estigmatización de la diversidad

Todos los diversos intentos de globalización constituyen fundamentalismos. Todas las ideas y valores sacralizados poseen sus símbolos, sus mitos, sus rituales, sus agentes y funcionarios,

sus normas penalizadoras de las transgresiones y sus excluidos. También, su propia ética y la definición de lo que sea el éxito en la consecución de los objetivos a los que todo, tanto en lo individual como en lo colectivo, debe ser sacrificado. El «Mercado libre» es hoy la más poderosa sacralidad, y por ello el más destructivo fundamentalismo. Una sacralidad que ha subsumido en su lógica, en la mayoría de las sociedades, a las otras sacralidades, antes centrales, que siguen siendo tales para colectivos más o menos numerosos pero cuyas lógicas no pueden hoy reproducirse a nivel del conjunto de la sociedad o lo hacen de manera subalterna. Así, los estados-nación, casi sin excepciones, para mantener al menos parte de sus poderes, han aceptado subsumirse en la lógica del Mercado, aceptando sus agentes principales –los partidos políticos y sus profesionales– la función de gerenciar el avance de este a costa de su propio vaciamiento, eliminando los obstáculos legales para ello. Igualmente, no pocas religiones o sectores hegemónicos de estas se han subsumido también en la lógica del Mercado para mantener espacios de poder e influencia «adaptados a los tiempos». Mientras que otros sectores de ellas han acentuado su fundamentalismo para enfrentarlo al fundamentalismo del Mercado, con lo que actualmente asistimos a un choque no de civilizaciones, como pretende Huntington,² pero sí de fundamentalismos. Así, el terrorismo del Mercado, los terrorismos de Estado –de los estados existentes y de quienes pretenden construir mediante la violencia estados sobre el mismo modelo del estado-nación– y el terrorismo fundamentalista religioso chocan entre sí haciendo que el mundo actual sea una verdadera «*sociedad del riesgo*», como expresara Beck.³ La globalización del riesgo es, por tanto, una de las características más evidentes de la actual fase del proceso de mundialización.

Entiendo que la diversidad cultural, y más precisamente las políticas de reconocimiento de las identidades culturales, el multiculturalismo, constituye un importante obstáculo para el avance de

²Huntington, S.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración mundial*. Paidós, Buenos Aires, 1999.

³Beck, U.: *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Paidós, Barcelona, 1998.

los procesos globalizadores y de sus correspondientes *pensamientos únicos*. De ahí que los poderes que rigen o se benefician de ellos hayan acometido siempre verdaderas cruzadas contra los *diferentes* y promovido la destrucción o el vaciamiento identitario de las propias diferencias –ahora, sobre todo, mediante su conversión en mercancías como productos exóticos o folclorizados–. En realidad, la diversidad cultural, desde las bases mismas del pensamiento occidental, está estigmatizada desde hace milenios. En el principio fue Babel: en el mito bíblico, uno de los más importantes de la tradición judeo-cristiana, está claramente reflejada la connotación negativa de la diversidad cultural. Jehová castigó a los hombres por sus pecados a no entenderse y, para ello, hizo que hablaran lenguas diferentes, es decir, tuvieran culturas distintas, formas de entender el mundo no equivalentes. Así, la diversidad cultural, desde el sacro religioso cristiano, fue interpretada como un castigo divino y como una prueba de la desviación de la humanidad respecto al modelo único de ser hombre (y mujer) establecido en el plan de Dios, imposibilitado por la desobediencia constitutiva del pecado original. La diversidad cultural, reflejada en la existencia de multitud de lenguas, se convirtió, así, en explicación del no entendimiento y la desigualdad entre los seres humanos. Fue por el pecado por lo que nacieron los «otros», los diferentes. Y fue por la posterior alianza entre Dios e Israel como este se convirtió en «pueblo elegido», en puente hacia la reintegración de todos los diferentes «otros» en el «uno» que *debería* formar la humanidad y que –desde la visión cristiana– la obra redentora de Jesús habría hecho posible. Sobre esta base, y con este objetivo, nació el primer proyecto de globalización representado por el cristianismo, puesto en práctica por la iglesia católica (universal) cuando en el proceso de mundialización aparecieron los medios que hicieron posible la expansión geográfica del poder europeo. Y algo paralelo, con su propias peculiaridades, representó la expansión del Islam.

No es de extrañar, con la base anterior, que la civilización occidental, con pocas excepciones, haya valorado siempre negativamente la diversidad cultural. Hoy, esta valoración negativa no se construye principalmente sobre la letra de los libros sagrados –el Antiguo Testamento

y el conjunto de la Biblia—sino sobre bases que ya no son religiosas sino que responden a las lógicas también sacralizadas, aunque sean laicas, de la Razón, del Estado-Nación democrático, de la Historia entendida como teleología y del Mercado. Así, en cada época, a partir del sacro dominante que ha legitimado el orden social y ha dado sentido a la existencia colectiva y personal, han sido definidas las diversas categorías de «otros»: *paganos, infieles, herejes, apóstatas, salvajes, bárbaros, negros, indios, moros, mujeres, homosexuales, viejos, pobres, locos, mendigos, apátridas, traidores, insumisos, extranjeros, desempleados, inmigrantes, sin techo...*; categorías que fueron y son construidas para clasificar, visualizar y excluir a diversos «otros» en base a su no pertenencia al «nosotros» que detenta el poder—legitimado por la Religión, la Razón, el Estado-Nación, la Historia o el Mercado— desde el que se realiza la definición. Y para negar sus identidades culturales, convirtiendo a los grupos humanos específicos en colectivos genéricos sólo definidos por su «otredad».

Así, cuando la Religión cristiana ocupaba, compartiéndola con el Estado, la centralidad del ámbito de los Absolutos Sociales, de lo sacro, los «otros» externos, por antonomasia, eran los no cristianos: los *paganos, los infieles...*, que realmente no eran tales, porque nunca fue cierto que no tuvieran fe religiosa, sino que adoraban o creían en otros dioses y fuerzas sobrenaturales o incluso en el mismo dios único que judíos y cristianos pero con otro nombre y, a veces, sólo ligeras variantes doctrinales. En base, también, al alejamiento del sacro religioso o, más bien, de algunos elementos doctrinales o morales definidos como sagrados por los gerentes garantes de la sacralidad, fue constituida la principal categoría de «otros» internos: *los herejes*, a quienes *había que excluir* social o incluso materialmente del «nosotros» societario arrojándolos de este.

Cuando la Razón—*la diosa Razón*, como a veces llegó a denominársele—sustituyó al dios de la Religión en la centralidad del ámbito de lo sagrado, aparecieron, o se consolidaron, las categorías de bárbaro (con antecedentes ya en la antigüedad clásica) y, sobre todo, de *salvaje*, siendo incluidos en ambas cuantos no pertenecían a la tradición civilizatoria mediterráneo-europea. *Bárbaros y salvajes* eran, por definición, *no-civilizados*, ajenos a la «lógica de la razón» o participando sólo muy parcialmente de ella. Necesitados, pues, de ser civilizados, como antes

los paganos e infieles debían ser «convertidos» y «evangelizados». La definición de los «otros» mediante la invención, para ellos, de categorías genéricas desidentificadoras y excluyentes, se convirtió en una de las bases legitimadoras de la dominación, la discriminación y el colonialismo. Las categorías de *negro*, *indio*, *moro* y otras semejantes supusieron, asimismo, invenciones que, lejos de reflejar la realidad identitaria, etnocultural, de los pueblos no occidentales, negaban esta, agrupando a sociedades y pueblos con identidad diferenciada en categorías genéricas, desidentificadoras, fácilmente manejables desde los intereses económicos, políticos e ideológicos europeos. Fue el colonialismo europeo el que inventó, para excluirlos, a *indios*, *negros* y *moros*, sobre la negación de la realidad de la existencia de mexicas, zapotecos, *mum*, kakchiqueles, tzotziles, kichuas, aymaras, chachis, nambikuaras, mapuches y demás pueblos de Abya Yala, el continente que los europeos rebautizaron como América (el nombre de un italiano); sobre el etnocidio de yorubas, wolof, hausas, bubis, fang, nedembu y otras muchas etnias africanas; y sobre el desprecio y la desidentificación de árabes, jebalas, amaghzit o bereberes, tuareg y otros pueblos norteafricanos y saharianos. La *racialización* de las identidades etnoculturales fue el mecanismo para el etnocidio cognitivo que precedió a las prácticas políticas etnocidas, cuando no genocidas, contra los «otros». Al igual que hoy la *culturalización* esencialista de las identidades étnicas funciona frecuentemente como coartada para el mantenimiento del tratamiento desigual y discriminatorio, evitando acusaciones de racismo cuando, en realidad, se trata de un nuevo tipo de racismo: el que podríamos llamar «racismo cultural». Y como las palabras no son inocentes, en las tiendas de discos no encontramos a Bethoveen o a Bach en los departamentos de *músicas étnicas*, donde sí hay que buscar los ritmos hindúes, andinos o magrebíes: la utilización de términos como «étnico» o «tribal» en lugar de «nacional» es hoy una de las principales formas de minorizar a los pueblos no occidentales y a quienes perteneciendo a estos han emigrado a los países «desarrollados», negándoles el tipo de identidad y los derechos políticos que definen desde la Modernidad a los *civilizados*.

Cuando, tras siglos de co-ocupación de la centralidad de lo sagrado, el Estado y la Religión se separaron, permaneciendo el

primero como sacro central, en su forma de Estado-Nación, apoyado ahora en el nuevo sacro emergente, la Razón –y luego, en el caso de los Estados del *socialismo* (ir)real, en la Historia entendida como teleología–, es cuando refuerza su importancia y se resemantiza la categoría de *extranjero* como una categoría de exclusión, contrapuesta a otra categoría inclusiva que aparece ahora y es central en el despliegue del nuevo modelo de Estado construido tras el derrumbe del *Ancien Regime*: la categoría de *ciudadano*.

Los principales «otros» han sido siempre, y son, los «otros» externos: aquellos que hablan una lengua distinta a la nuestra, se visten o comen de manera diferente, adoran a otros dioses, poseen leyes o normas que consideramos extrañas o irracionales, hacen el amor de manera distinta a la «postura del misionero» con varias mujeres que son esposas legales, sin seguir la pauta de poligamia sucesiva o encubierta tradicional en las sociedades dichas «monógamas», y tienen valores y expresiones específicos para evaluar y reflejar las emociones de la vida, para definir lo bello, celebrar los cambios de status social y ordenar políticamente su sociedad. Pero cada sacro social, cada Absoluto, ha creado también «otredades» internas. Las mujeres, los pobres, los mendigos, los homosexuales, los niños, los herejes, las brujas, las prostitutas, los viejos, los drogadictos, los *sin techo*, los seropositivos... han sido y/o son hoy los «otros» internos de nuestra civilización. Y, primero externos y luego ya internos, están cada día más presentes esos «otros» para quienes se ha inventado una nueva categoría desidentificadora y etnocida: la categoría genérica de *inmigrantes*.

Si nos detenemos un momento en alguna de estas categorías socioculturales de «otros», como es, en base al género, la de *mujeres*, podemos comprobar cómo, cuando la Religión fue desplazada de la centralidad del ámbito de los Absolutos sociales por las ideas laicas y librepensadoras de la Ilustración, y luego por el avance del empirismo científico, ello no supuso su inclusión en el «nosotros» societario. Permanecieron «otras», a pesar de la pérdida de eficacia legitimadora de los mitos religiosos que estaban en la base de su discriminación, al estigmatizarlas como causantes del pecado original y condenarlas, por ello, a la reproducción con dolor y al alejamiento de los papeles centrales de la vida social, política y religiosa. Debilitada

la legitimación religiosa de su subalternidad, esta fue «naturalizada», atribuyéndola ahora a las diferencias psíquicas e intelectuales que serían resultado de su realidad biológica diferente a la de los hombres; diferencias que son las que explicarían la inestabilidad emocional, el sentimentalismo, las limitaciones intelectuales, la capacidad intuitiva y todos los demás atributos que han venido funcionando, hasta hoy inclusive, de forma más o menos explícita, como legitimaciones de la exclusión de las mujeres de actividades, profesiones y lugares con poder social y como presión sobre aquellas que pretenden vencer la exclusión para que adopten valores, actitudes y comportamientos tenidos tradicionalmente por masculinos.

La encrucijada del intento actual de globalización

En la actual ola globalizadora sobre el eje de la lógica del Mercado sacralizado, no sólo ciertos aspectos y actividades de la vida social, los entendidos como económicos, se mercantilizan lo que no es una realidad nueva, sino existente, al menos, desde los comienzos del capitalismo en el ámbito de la producción y circulación de bienes, sino que todas las otras dimensiones de la vida social, percibidas como «no económicas», tienden a ser también gobernadas por la misma lógica y las mismas «leyes» del mercado. El avance de esta dinámica tiene como resultado, entre otros, la pretensión de que cualquier tipo de relación interpersonal deje de ser *humana* para convertirse en mercantil y utilitarista. Así, asistimos a una clara mercantilización de lo simbólico, a una producción cultural impulsada no por sus valores de uso, sino por su valor de cambio en el mercado. Se habla, cada vez más, de «*capital simbólico*» y de «*recurso*» para referirse al patrimonio cultural de un colectivo, al igual que desde hace más tiempo se viene denominando «*capital humano*» a las personas, al ser estas consideradas sólo como fuerza de trabajo, material o intelectual, de la que obtener beneficio, y «*capital social*» al conjunto de relaciones que cada uno tenemos entendidas tan sólo como oportunidades para el provecho utilitario. Sustituciones muy expresivas, todas ellas, de la desvalorización de los seres humanos en cuanto tales, al ser considerados solamente por referencia a su valor como mercancía, y de la desvalorización de las expresiones

y producciones culturales, en cuanto a que son consideradas, cada vez más exclusivamente, por su capacidad para ser vendidas en el mercado.

Junto a este intento de globalizar bajo la lógica mercantil todas las relaciones sociales y todas las producciones culturales, está también el intento de globalización territorial, mediante la imposición de la falsa idea de que nuestro mundo, que es ya efectivamente uno, debido a la interdependencia desigualitaria que ha resultado del proceso de dominación europea, y luego euro norteamericana, sobre otros continentes, y al avance de la conciencia sobre nuestro ecosistema planetario, debe ser también una única sociedad de mercado, con un único modelo económico, social, político e ideológico: con una única cultura que responda sin contradicciones a la lógica de esta. La pretensión cobra consistencia, sobre todo, gracias a las innovaciones en las comunicaciones, que hacen que las informaciones y tomas de decisión puedan producirse en tiempo real prácticamente a la vez que están ocurriendo los fenómenos que interesan y llegar a cualquier lugar del planeta... siempre que se tengan las posibilidades tecnológicas y el poder para hacerlo.

En este contexto, lo que llaman los publicistas del globalismo «integración», o «plena incorporación a la modernidad», o, en Andalucía, «segunda modernización»⁴, supone no sólo un aumento de la dependencia y la subalternidad económicas respecto a las grandes corporaciones que controlan actualmente el mundo, al controlar los mercados, sino también, inevitablemente, la asunción de orientaciones cognitivas, valores y códigos culturales que dimanen de la lógica del Mercado y que son opuestos a los que constituyen la base de las instituciones sociales, y de las formas y expresiones culturales profundamente humanas, y por ello liberadoras, existentes en las culturas concretas de todos los pueblos. La extensión de los valores que sacralizan la *competitividad*, causa directa de múltiples insolidaridades y de

⁴Moreno, I.: «¿Del subdesarrollo a la postmodernidad? La sociedad andaluza y la llamada «Segunda Modernización» de Andalucía». En: Hurtado Sánchez, J. (coord.) *Sociología de 25 años de Autonomía*. Consejería de Relaciones Institucionales, Junta de Andalucía, Sevilla, 2004; y «La 'segunda modernización' de Andalucía: discursos y prácticas del neoliberalismo en una sociedad de la periferia del centro», en VV.AA.: *La globalización y los derechos humanos. IV Jornadas Internacionales de Derechos Humanos (Sevilla, 2003)*, pp.317-357. Talasa Ed., Madrid, 2005.

graves fracturas sociales, y la máxima *eficiencia económica* a cualquier precio, sin tener nunca en cuenta los «costes colaterales» –sociales, ecológicos, culturales y humanos– para lograrla, van en sentido contrario a los más positivos valores de las tradiciones culturales de los pueblos. Por ello están minando las bases de estos y corremos el peligro de que muchas expresiones culturales lleguen a deteriorarse de forma irreversible en cuanto a su significación y valores de uso, manteniendo, si acaso, sólo algunas de sus características formales, como cáscaras sin contenido, caso de que pueda ser alta su cotización en el mercado turístico.

Si la dinámica actual se acentúa, las fiestas populares, por ejemplo, correrán el peligro de convertirse en espectáculos para turistas, el urbanismo en decorado sin vida para un a modo de parque temático para consumo de visitantes curiosos y el patrimonio artístico en excusa para instalar taquillas con boletos.

La diversidad cultural como eje de la necesaria *identidad-resistencia*

Para oponerse a los efectos devastadores del avance, en todos los ámbitos, de la lógica del mercado, con la consiguiente deshumanización de las relaciones sociales y la desidentificación colectiva que ello conlleva, y para no caer, al oponerse a esta, en alguno de los otros fundamentalismos –religiosos o políticos– que poseen también lógicas sacralizadas y llevan a resultados equivalentes aunque tengan contenidos diferentes, la defensa de la diversidad cultural y el reconocimiento del multiculturalismo abierto a la interculturalidad puede ser el eje fundamental de la resistencia.

Para hacer ello posible, es condición *sine qua non*, como también he señalado en otras ocasiones,⁵ modificar sustancialmente el modo de operar de nuestro pensamiento occidental, que suele confundir lo homogéneo con lo universal y lo concreto con lo particular, y que

⁵Moreno, I.: «Globalización, identidades colectivas y Antropología», en J. Rodríguez Campos (coord.): *Las identidades y las tensiones culturales de la modernidad*, pp.95-137. FA-AEE –Asociación Galega de Antropoloxía, Santiago de Compostela, 1999 y «Globalización y Localización: las dinámicas de nuestro tiempo», en L. Álvarez Munárriz y Fina Antón (eds.): *Identidad y pluriculturalidad en un mundo globalizado*, pp.19-43. Ed. Godoy, Murcia, 2002.

considera como un verdadero dogma, desde el siglo XVIII, que es preciso «pensar en general, o globalmente, y actuar en lo particular, o localmente», cuando lo adecuado sería *pensar y actuar glocalmente*: teniendo en cuenta, a la vez, las dinámicas –que no sólo dimensiones– global y local de la mundialización. Ello supondría situarnos en la perspectiva de la *glocalización*, rechazando el globalismo y el localismo en tanto que ideologías, para partir de los intereses y lógicas culturales comunitarias de los colectivos locales, territoriales y sectoriales, analizando los efectos destructores sobre ellos de las lógicas del Mercado y de los otros Absolutos sociales y activando las potencialidades de resistencia que poseen los valores y expresiones de sus culturas específicas. Lo que significaría, también, la utilización de instrumentos tanto locales como mundializados –subsumiendo estos últimos en la lógica cultural propia– para resistir a la globalización gobernada por el Mercado y para rechazar cualesquiera otras tentaciones de globalización alternativa, avanzando a la vez en proyectos propios sobre la base de los valores de reciprocidad y solidaridad que tienen las lógicas comunitarias, añadiéndoles el componente de la interculturalidad. Actuando simultáneamente sobre el espacio territorial y social propio y sobre el mundo, en conexión con otros movimientos locales, sectoriales y de universalización –que no globalización– de los derechos humanos, individuales y colectivos, pero sin fundirse ni perder sus características propias, su identidad cultural, es decir, sin globalizarse. Porque el hecho de que la globalización del Mercado haya desencadenado muy parecidos problemas en todas partes no significa que para dichos problemas sólo existan soluciones únicas, necesarias de adoptar por todos.

El *pensar y actuar glocalmente*, rechazando el paradigma eurocéntrico que prioriza lo global sobre lo local, lo general y abstracto sobre lo concreto y específico, «*el hombre*» y «*la humanidad*» como abstracciones metafísicas sobre la realidad de los colectivos humanos y de los hombres y las mujeres con específicas identidades étnicas, de género y socioprofesionales, estimo constituye la única base para desarrollar un proyecto de mundialización alternativo al actual, sin globalizaciones totalitarias. Claro que, para ello, sería también imprescindible una verdadera secularización de todos los sacros, religiosos y laicos,

que en la actualidad pretenden imponer su modelo único. Mientras existan *Sacros* (Absolutos Sociales), todo lo humano seguirá siendo instrumentalizado al servicio de alguno de ellos –del Mercado, la Patria, la Historia, la Razón o la Religión– o, lo que es lo mismo, de quienes deciden en su nombre para hacer cumplir sus presuntas leyes, presentadas siempre como extrasocietarias e inevitables. Mientras no existan sociedades verdaderamente secularizadas –que no deben ser confundidas con sociedades simplemente laicas– seguirá acentuándose el choque de fundamentalismos con sus consecuencias de aumento de todos los tipos de violencia y de intolerancia y de glocalización del riesgo.

Para construir un mundo con sociedades centradas en lo humano, no edificadas sobre la dominación y las desigualdades sino sobre los derechos individuales y colectivos y el reconocimiento en igualdad de todas las culturas –que no equivale a la aceptación de todas las expresiones culturales concretas–, es preciso desenmascarar la falacia de que las sociedades occidentales actuales son sociedades secularizadas. Hay que insistir en que en ellas, hoy, el Mercado ocupa la centralidad del ámbito de lo sagrado, de lo absoluto, inevitable e inmanente, y que a él, a sus intereses presentados como leyes extrasocietarias, son sacrificados diariamente en el mundo miles de vidas humanas que, sin embargo, no son consideradas víctimas de su terrorismo. Y hay, también, que rechazar cualquier planteamiento que se presente como *la* alternativa, sea activando el fundamentalismo de los otros Absolutos –la religión, la patria o la historia entendida como teleología–, sea elaborando un nuevo modelo también con pretensión globalizadora. Ambas cosas son requisitos para hablar, con un mínimo de seriedad y coherencia, de defensa de la diversidad cultural, de diálogo de culturas y de interculturalidad. Para plantear el objetivo de construir *otro mundo en el que sean posibles mil mundos* dentro de un marco de mutuo reconocimiento e igualdad. Que es el único mundo por el que entiendo vale la pena luchar y el único que merecería plenamente el calificativo de humano.